

## **Apunte sobre la muerte, la libertad y el deseo**

*Daniel Gil\**

*A mi amigo Juan Viñar Ulriksen*

En el ocaso del año “89. al crepúsculo del atardecer, cuando el sol ya se había ocultado tras el lomo de “la Ballena”, en Mborayú, Juanito me expuso un problema de lógica que no pude resolver pero, una vez conocida la solución, dio para pensar.

El planteo fue el siguiente:

Un hombre es condenado a muerte por un delito. El juez, no seguro de la culpabilidad del acusado, decide darle una oportunidad consistente en que siguiera un camino hasta su bifurcación. Frente a él se abriría un camino que conduce a la muerte y otro a la libertad. La entrada de cada uno de los caminos está guardada por un hombre. Uno de ellos dice siempre la verdad y el otro siempre miente. El condenado puede hacer a uno sólo de los hombres, sin saber cuál es cuál, una sola pregunta, en la que le va la vida, para saber cuál es el camino.

El condenado, ante tal alternativa, formula el siguiente pedido (no pregunta) a cualquiera de los guardianes:

- Pregunta a tu compañero cuál es el camino de la muerte.

---

\* Av. Luis P. Ponce 1433, Tel. 780996, Montevideo.

Si el pedido ha sido dirigido al que siempre dice la verdad éste transmitirá la pregunta tal cual al que siempre miente y éste, dada su condición, señalará el camino de la libertad.

Si el pedido fue dirigido al que siempre miente éste cambiará la pregunta e inquirirá al que dice la verdad cuál es el camino de la libertad y dada su condición también quedará indicado el camino de la libertad.

De esta forma sea cual sea al que se le formule el pedido el otro señalará siempre el camino de la libertad, debiendo el condenado seguir esa vía.

Hermoso ejercicio de lógica... y de metafísica, porque la alternativa que se juega es la de la muerte o (y) la de la vida.

Pero vayamos un poco más allá por estos caminos. El dilema que se plantea no es la vida o la muerte, sino el de la muerte o (y) la libertad.

En segundo lugar hay un vuelco sutil ya que el condenado no pregunta, hace derivar la formulación de la pregunta a un segundo que la dirigirá a un tercero, de esta manera cumple la exigencia de hacer una sola pregunta a un solo guardia pero, en la respuesta, Intervienen los tres personajes: el condenado (a la muerte o a la libertad), el condenado a decir siempre la verdad y el condenado a mentir siempre.<sup>1</sup>

Pero la verdad que busca el condenado no se desprende ni del que siempre dice la verdad ni del que siempre miente sino de la dialéctica que se desarrolla entre los tres.

En ambos casos el camino señalado no es el de la muerte -tal como él formulaba en su pedido- sino el de la libertad. La verdad para el condenado emerge del interjuego en donde él, en última instancia, tiene que hacer la inversión de la respuesta. En este sentido *para* el condenado ambos guardianes le dan una respuesta equivocada, uno por mentir y otro por decir la verdad, porque en toda circunstancia hay una dimensión de

---

<sup>1</sup> Esto hace que él no sea un mentiroso ya que el mentiroso puede decir la verdad para que el otro crea que está mintiendo. Recuérdese el chiste judío que relata Freud del que dice que va a Lem para que el otro crea que va a Cracovia, cuando en realidad va a Lem.

engaño.

Por lo tanto la verdad sobre la libertad no la tiene ni el que siempre miente, ni el que siempre dice la verdad. Y si la verdad y la mentira, para el condenado, no están ni en uno ni en el otro, la verdad que emerge del Interjuego de los tres hombres es una verdad que los trasciende a los tres: la verdad proviene de otro lugar.

Y una última reflexión: si el hombre quiere saber cuál es el camino de la libertad debe hacerlo preguntando sobre el camino de la muerte (dialéctica hegeliana, porque ¿no podemos leer, como epílogo de este ejercicio, que en definitiva ambos caminos son el mismo ya que a la pregunta sobre cuál es el camino de la muerte en ambas respuestas queda señalado siempre el camino de la libertad?

En el análisis el paciente trae el pedido de alivio de su “miseria neurótica.. Pero sabemos que en esto dice verdad y dice mentira, porque el síntoma es sufrimiento y es beneficio primario y secundario y también reacción terapéutica negativa. En él algo se dice y se oculta y se dice ocultándose y se oculta diciéndose. Lo oculto, lo reprimido, vuelve por sus fueros en el síntoma. La misma transferencia, para no ir más lejos, ¿acaso no dice la verdad del amor en su dimensión de engaño?: falsa conexión “*mésalliance*”.

El paciente pide, sí, que lo alivien de sus sufrimientos; pide... pero no tanto. Reclama al analista su alivio porque cree que él de eso “sabe”. Nuevo engaño. Y el silencio del analista, dimensión de la Ignorancia y la muerte, lo enfrenta a la pregunta sobre el (¿su?) deseo (*che vuoi?*). Pero ni el paciente ignora tanto, ni el analista sabe todo. Al abandonar, al rehusar el espejismo del que nada sabe y del que todo lo puede se crea otra dimensión del diálogo que abre puertas a un nuevo decir.

Búsqueda de la libertad (“libreme de mis síntomas”) sí, ... pero no tanto. No tanto como para que tenga que enfrentar lo oculto, lo que no se quiere (debe) saber, pero también lo que no se puede saber, ese más allá del deseo para el cual no hay respuesta, porque si la hubiera, si se satisficiera, dejaría de ser deseo, para ser cero, descarga total, nirvana, pulsión de muerte pura, ya presente, esbozada, prefigurada, en las distintas formas del silencio, de la insatisfacción, del odio, de la separación, del desamparo y la incompletud.

El paciente no pregunta cuál es el camino de la muerte sino cuál el de la libertad, pero lo hace en la dimensión de la verdad y la mentira. Quisiera saberlo si el otro se lo dice, esto es, sin arriesgar “la vida., sin tener que asumir lo transitorio, lo perecedero. Pero así como la belleza sólo se asume en el ámbito de lo perecedero, también la libertad sólo se persigue en el marco de la muerte.

Sólo en el encuentro de “la oscura lucidez del paciente con la lúcida oscuridad del analista (repito el deslumbrante oxymoron de Marcos Lijtenstein) puede aparecer una verdad que ni uno ni otro poseen.

La pregunta del paciente, pregunta-pedido-demanda-reclamo, el analista no la podrá responder desde el punto encantatorio de la fascinación narcisista. Por el contrario si el analista, como aquel que transmite una pregunta a otro (trujamán), queda como el que no sabe la respuesta, pero si puede formular la pregunta, es “otro” el que responde.

El paciente más que preguntar pide al analista que se haga cargo de la pregunta (el paciente no sabe qué preguntar, y a veces ni siquiera sabe qué pregunta), y el analista promoverá la emergencia de una verdad (parcial) desde otro lugar (la otra escena). No es entonces otra persona la que posee la verdad. La pregunta podrá ser verdadera o mentirosa, y ambas cosas a la vez, pero la respuesta que viene de aquel tercer lugar, cualquiera sea la condición de la pregunta, dirá una verdad, verdad siempre mediada por el engaño que aparecerá deslumbrante y hasta enceguedora, o como negación, o escondida en la maraña de un discurso frondoso o Insustancial; pero sólo será respuesta para el paciente cuando sea él quien pueda, como el condenado, interpretarlo (historizar).

El engaño se asienta en que el objeto hacia donde fulgura insaciable el deseo, para luego abandonarlo (faro cambiante que destella para apagarse eclipsándose en la oscuridad) nos deja expectantes, esperando su nuevo relumbre. Así el hombre corre como un perro detrás de una presa que siempre se le escabulle. Y mejor que así sea para no tener el destino de Acteón.

Pero. ¿y si no hubiera *el objeto?*, ¿si fuera no solamente prohibido sino imposible?

El recorrido del análisis es el largo y arduo camino en donde pedido tras pedido, clamor tras clamor, reclamo tras reclamo, terminable-interminablemente, se transita en la senda del deseo que “se hace camino al andar., donde nada le alcanza (*hybris*) y donde tras los oropeles de los objetos yace escondida la dimensión de la muerte, que es también la de la libertad. (Todo lo que se desea -dice el refrán- engorda, es pecado o hace mal. Planos de la estética, la ética y la muerte).

Pero a esa libertad, condicionada por la desmesura, es a la que se llega, cuando se asume el deseo como expresión de la falta, siempre presente, pero sólo accesible a través-ando la urdimbre de lo imaginario.

El hombre condenado a la muerte (a la mortalidad), condenado a desear, condenado a la libertad, al mismo tiempo se somete a los objetos (al amo y al amor) para escapar del Amo absoluto (la muerte): dialéctica permanente entre la servidumbre y la libertad.

Allí el análisis, como lugar de una verdad siempre a medias, expone una falta por un “delito” fundante que nunca se cometió y siempre se está realizando (el parricidio), que hace que todos “debamos una muerte a la naturaleza”, en el doble aspecto de castigo y de lo ineluctable, acto de rebeldía, ante el “padre” despótico, que funda lo simbólico, campo de la ley y la libertad; y lo imaginario con la carga de culpa, la sumisión. Esto nos hace entonces, condenados a la servidumbre y a la libertad, figuras del deseo, la primera capturada en lo imaginario y la segunda abierta a lo simbólico en su revelación estremecedora de la falta (incompletud y muerte), oscura presencia de un real imposible.

*Mborayú 31-12-89*

*Montevideo 6-1-90*